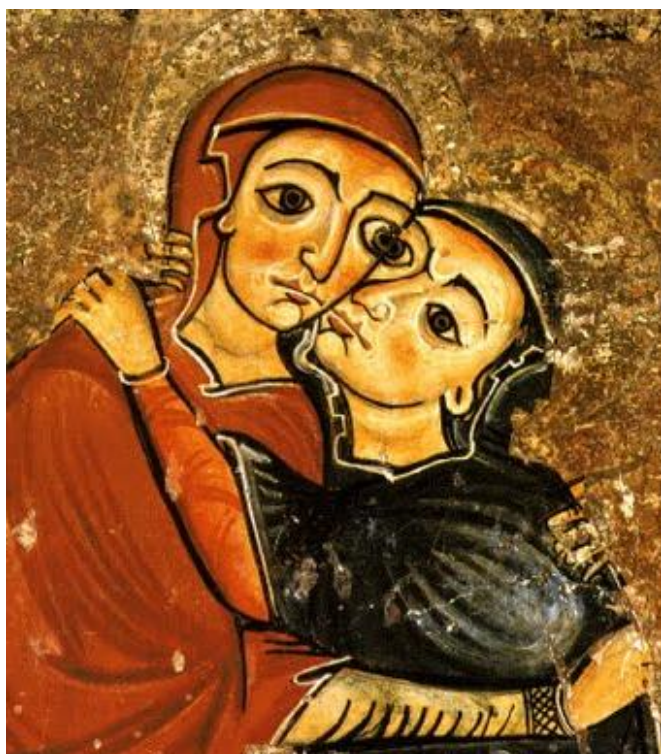


Dichosa tú que has creído



Evangelio del domingo, 20 de diciembre
Cuarto domingo de ADVIENTO

Entonces María se levantó y se dirigió apresuradamente a la montaña, a un pueblo de Judea. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Cuando Isabel oyó el saludo de María, la criatura dio un salto en su vientre; Isabel, llena de Espíritu Santo, exclamó con voz fuerte:

-Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Mira, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura dio un salto de gozo en mi vientre. ¡Dichosa tú que has creído! Porque se cumplirá lo que el Señor te anunció.

(Lc 1, 39-45)

Pascal se atrevió a decir que «nadie es tan feliz como un cristiano auténtico». Pero, ¿quién puede creer hoy realmente esto? La inmensa mayoría piensa más bien que la fe poco tiene que ver con la felicidad. En todo caso, habría que relacionarla con una salvación futura y eterna que queda lejos todavía, pero no con esa felicidad concreta de cada día que ahora mismo nos interesa. Más aún. Son bastantes los que piensan que la religión es un estorbo para vivir la vida de manera intensa y espontánea, pues empequeñece a la persona y mata el gozo de vivir. Además, ¿por qué iba a preocuparse un creyente de ser feliz? Vivir como creyente, ¿no es fastidiarse siempre más que los demás? ¿No es seguir un camino de renuncia y abnegación? ¿No es, en definitiva, privarnos de felicidad?

Lo cierto es que los cristianos no parecen mostrar con su manera de ser y de vivir que la fe encierre una fuerza decisiva para enfrentarse a la vida con dicha y plenitud interior. Muchos nos ven más bien como F. Nietzsche al que los creyentes le daban la impresión de ser «personas más encadenadas que liberadas por Dios».

¿Qué ha sucedido? ¿Por qué se habla tan poco de la felicidad en las iglesias? ¿Por qué muchos cristianos no descubren a Dios como el mejor amigo de su vida? Como ocurre tantas veces, parece que también en el cristianismo se ha perdido la experiencia original que al comienzo lo vivificaba y animaba todo. Al enfriarse aquella primera experiencia y acumularse luego otras capas ideológicas y otros códigos y esquemas religiosos, a veces bastante extraños al evangelio, la alegría cristiana se fue oscureciendo.

¿Cuántos sospechan hoy que lo primero que uno escucha cuando se acerca a Jesucristo es una llamada a ser feliz y a hacer un mundo más dichoso?

¿Cuántos pueden pensar que lo que Jesús ofrece es un camino por el que podemos descubrir una alegría diferente que puede transformar desde ahora nuestra vida?

¿Cuántos creen que Dios busca sólo y exclusivamente nuestro bien y felicidad, que no es un ser celoso que sufre al vernos disfrutar, sino alguien que nos quiere desde ahora gozosos y felices?

Estoy convencido de que una persona está a punto de tomar en serio a Jesucristo cuando intuye que en él puede encontrar lo que todavía le falta para ser feliz con una felicidad más plena y verdadera.

El saludo a María: «Feliz tú que has creído» puede extenderse, de alguna manera, a todo verdadero creyente. A pesar de todas las incoherencias y de toda la infidelidad que habita nuestras vidas mediocres, feliz también hoy el que cree en el fondo de su corazón.

(José Antonio Pagola)